

Amin Maalouf

El desajuste del mundo
Cuando nuestras
civilizaciones se agotan

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Le dérèglement du monde. Quand nos civilisations s'épuisent*

Primera edición: 2009
Tercera edición: 2011
Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2009
© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-6410-1
Depósito legal: B. 42.353-2010
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 17 I. Las victorias engañosas
- 99 II. Las legitimidades extraviadas
- 197 III. Las certidumbres imaginarias

- 287 Epílogo. Una Prehistoria demasiado larga

- 309 Nota

Para Marlène y Salim Nasr

Y en memoria de Paolo Viola (1948-2005)

*Man has survived hitherto
because he was too ignorant to know
how to realize his wishes.
Now that he can realize them,
he must either change them
or perish¹.*

William Carlos Williams (1883-1963)

1. El hombre ha sobrevivido hasta ahora / porque era demasiado ignorante / para cumplir sus deseos. / Ahora que ya puede cumplirlos, / tiene que cambiarlos / o perecer.

Hemos entrado en este siglo nuevo sin brújula.

Ya en los primerísimos meses ocurrieron acontecimientos preocupantes que mueven a pensar que el mundo padece un desajuste de suprema envergadura y, además, en varios ámbitos al mismo tiempo: desajuste intelectual, desajuste financiero, desajuste climático, desajuste geopolítico, desajuste ético.

Cierto es que también asistimos, de vez en cuando, a inesperados vuelcos salutíferos; empezamos entonces a creer que a los hombres, al verse en un callejón sin salida, no les quedará más remedio que hallar, de milagro, procedimientos para dar media vuelta. Pero no tardan en aparecer otras turbulencias que dan fe de impulsos humanos muy otros, más opacos, más habituales, y volvemos a preguntarnos si nuestra especie no ha llegado, por decirlo de alguna manera, al umbral de incompetencia ética, si sigue acaso avanzando, si no acaba quizá de

iniciar una regresión que pone en entredicho lo que tantas generaciones sucesivas se habían esforzado por edificar.

No se trata aquí de las angustias irracionales que acompañaron el paso de un milenio a otro, ni de las reiteradas imprecaciones que no dejan de espetar desde siempre quienes temen los cambios o se escandalizan ante su cadencia. Mi preocupación es de otro orden: es la de un adepto de la Ilustración que ve cómo las luces oscilan, se debilitan y, en algunos países, están a punto de apagarse; es la de un apasionado de la libertad, que la creyó en trance de extenderse por el conjunto del planeta y ve ahora cómo se perfila un mundo en el que no va a tener ya cabida; es la de un partidario de la diversidad armónica a quien no le queda más remedio que presenciar, impotente, cómo crecen el fanatismo, la violencia, la exclusión y la desesperación; y es, ante todo y sencillamente, la de un enamorado de la vida que no quiere resignarse ante la aniquilación que la acecha.

Insisto, para que no haya malentendido alguno, en que no soy de esos que les ponen mala cara a los tiempos presentes. Me fascina cuanto nos aporta esta época nuestra; estoy siempre, impaciente, al acecho de los últimos inventos, que incorporo acto seguido a la vida cotidiana; soy consciente de que pertenezco, aunque no fuere más que por los adelantos de la medicina y de la informática, a una generación privilegiadísima si la comparamos con todas las anteriores. Pero no puedo paladear con sosiego los frutos de la modernidad si no tengo la seguridad de que las generaciones futuras van a poder paladearlos en no menor grado.

¿Serán acaso excesivos mis temores? Por desgracia, no lo creo. Antes bien, me parecen más que justificados, y, en las páginas que vienen a continuación, pondré todo mi empeño en demostrarlo, no para acumular piezas de convicción en un sumario, ni para defender, por amor propio, una tesis personal, sino, sencillamente, para que los demás oigan este grito de alarma; mi ambición primordial es dar con las palabras justas para convencer a mis contemporáneos, a «mis compañeros de viaje», de que el navío en que nos embarcamos va ahora a la deriva, sin rumbo, sin meta, sin visibilidad, sin brújula, por un mar embravecido, y que sería menester reaccionar urgentemente para evitar el naufragio. No nos bastará con seguir avanzando con el impulso inicial, a trancas y barrancas, navegando a estima, rodeando unos cuantos obstáculos y dejando que el tiempo solucione las cosas. El tiempo no es nuestro aliado, es nuestro juez, y ya estamos con un aplazamiento de condena.

Aunque la imaginерía marinera se venga espontáneamente a la cabeza, quizá debería ante todo explicitar esos temores míos con esta constatación simple y escueta: en la etapa actual de su evolución, la humanidad se enfrenta a peligros nuevos, sin parangón en la Historia, y que requieren soluciones mundiales inéditas; si nadie da con ellas en un futuro próximo, no podremos preservar nada de cuanto constituye la grandeza y la hermosura de nuestra civilización; ahora bien, hasta el día de la fecha, pocos indicios hay que nos permitan esperar que los hombres vayan a saber superar sus divergencias, elaborar soluciones creativas y, luego, unirse y movilizarse

para empezar a aplicarlas; hay incluso muchos síntomas que hacen pensar que el desajuste del mundo está ya en una fase avanzada y que será difícil impedir un retroceso.

En las páginas que vienen a continuación no trataremos esas perturbaciones varias como otros tantos dossiers separados, ni tampoco de forma sistemática. Me comportaré más bien como un vigilante nocturno en un jardín el día siguiente de una tormenta y cuando ya se está anunciando otra más fuerte. El hombre camina con paso cauto, llevando una linterna en la mano; dirige el haz de luz hacia un macizo, luego hacia otro, explora un paseo, da marcha atrás, se inclina sobre un árbol viejo desenraizado; se encamina luego hacia un promontorio, apaga la luz e intenta abarcar con la mirada toda la panorámica.

No es ni botánico, ni agrónomo, ni paisajista, y no hay nada en ese jardín que sea propiedad personal suya. Pero ahí es donde vive con las personas a las que quiere y todo cuanto pueda afectar a esa comarca le toca de muy cerca.

I. Las victorias engañosas

1

Cuando cayó el Muro de Berlín, sopló por el mundo un viento de esperanza. Que acabase el enfrentamiento entre Occidente y la Unión Soviética suprimía la amenaza de un cataclismo nuclear que llevaba planeando sobre nuestras cabezas desde hacía alrededor de cuarenta años; a partir de ahora la democracia, a lo que creímos, iría pasando de mano en mano hasta cubrir todo el planeta; iban a abrirse las barreras que separaban las diversas comarcas del globo y circularían sin trabas los hombres, las mercancías, las imágenes y las ideas, inaugurándose así una era de progreso y de prosperidad. Hubo, al principio, en todos estos frentes, unos cuantos progresos notables. Pero cuanto más avanzábamos, más perdíamos el norte.

Un ejemplo emblemático al respecto es el de la Unión Europea. Para ella supuso un triunfo la desintegración del bloque soviético. Entre los dos caminos que les pro-

ponían a los pueblos del continente resultaba que uno estaba cegado, mientras que el otro estaba expedito hasta el horizonte. Todos los ex países del Este vinieron a llamar a la puerta de la Unión, y los que no hallaron acogida aún están soñando con que los acoja.

No obstante, en ese mismo momento de su triunfo, y cuando tantos pueblos iban hacia ella, fascinados, deslumbrados, como si fuera el paraíso terrenal, Europa se quedó sin puntos de referencia. ¿A quién tenía que incorporar y para qué? ¿A quién tenía que excluir y por qué motivo? En la actualidad, y en mayor medida que en tiempos pasados, se pregunta por su identidad, por sus fronteras, por sus futuras instituciones, por su lugar en el mundo, sin tener seguridad en las respuestas.

Aunque sabe a la perfección de dónde viene y por qué tragedias se convencieron sus pueblos de la necesidad de unirse, ya no sabe muy bien, en cambio, qué dirección tomar. ¿Debería acaso constituir una federación comparable a la de los Estados Unidos de América, con un hábito de «patriotismo continental» que trascendiera y absorbiera el de las naciones que la componen, y dotarse de un estatus de potencia mundial no sólo económica y diplomática sino también política y militar? ¿Estaría dispuesta a asumir ese papel y también las responsabilidades y los sacrificios que conlleva? ¿Debería, antes bien, contentarse con ser una mancomunidad flexible en la que se unan naciones celosas de su soberanía y seguir siendo, en un ámbito mundial, una fuerza complementaria?

Mientras el continente estuvo dividido en dos campos enemigos, dilemas tales no estuvieron a la orden del día. Desde que dejaron de serlo, se plantean de forma obse-

siva. Por supuesto que no volverá la época de las grandes guerras, ni la del «telón de acero». Pero haríamos mal en creer que de lo que se trata es de un enfrentamiento entre políticos, o entre politólogos. Lo que está en juego es el mismísimo destino del continente.

Volveré con más detenimiento a esta cuestión, esencial desde mi punto de vista, y no sólo para los pueblos de Europa. Aquí sólo quería citarla para ilustrar la situación porque es sintomática del estado de extravío y de desajuste en que se hallan tanto la humanidad en conjunto como todos y cada uno de sus componentes.

A decir verdad, cuando recorro con la vista las diversas regiones del globo, es precisamente Europa la que menos me preocupa. Porque me da la impresión de que calibra mejor que las demás la amplitud de los retos a los que tiene que enfrentarse la humanidad; porque cuenta con los hombres y con las entidades necesarias para tratar el tema eficazmente y, de este modo, aparejar soluciones; porque implica un proyecto de agrupación y un marcado desvelo por la ética, por más que a veces parezca que asume ambos con pocos bríos.

En los demás lugares no existe por desgracia nada que se pueda comparar. El mundo árabo-musulmán se hunde cada vez más en un «pozo» histórico del que no parece que vaya a ser capaz de salir; le guarda rencor a la Tierra entera –los occidentales, los rusos, los chinos, los indios, los judíos, etcétera– y, ante todo, a sí mismo. Los países de África, con muy pocas excepciones, padecen guerras intestinas, epidemias, tráficos sórdidos, corrupción generalizada, delicuescencia de las instituciones,

desintegración del entramado social, paro excesivo, absoluta falta de esperanza. A Rusia le cuesta trabajo reponeerse de los setenta años de comunismo y de la forma caótica en que salió de él; sus dirigentes sueñan con recobrar el pasado poderío, mientras que la población sigue desencantada. En cuanto a los Estados Unidos, tras haber conseguido que mordiera el polvo su principal adversario mundial, se han visto embarcados en una empresa de titanes que los agota y los descarría: domeñar solos, o casi solos, un planeta indomeñable.

Incluso China, aunque esté viviendo un ascenso espectacular, tiene motivos para preocuparse, pues aunque en el inicio del presente siglo parezca tener trazado el camino –proseguir sin tregua con el desarrollo económico sin dejar de velar por la cohesión social y nacional–, su futuro papel de gran potencia política y militar está empedrado de incertidumbres tan graves para sí cuanto para sus vecinos y también para el resto del mundo. El gigante asiático lleva aún en la mano una brújula más o menos fiable, pero se está acercando a toda velocidad a una zona en la que ese instrumento dejará de serle útil.

De una forma o de otra, todos los pueblos de la Tierra están metidos en la tormenta. Ricos o pobres, arrogantes o sometidos, ocupantes, ocupados, van todos –vamos todos– a bordo de la misma balsa frágil y estamos naufragando juntos. Seguimos, no obstante, increpándonos y peleándonos sin que nos preocupe que el mar vaya subiendo.

Seríamos, incluso, capaces de jalear esa ola catastrófica si, al írsenos acercando, se tragase primero a nuestros enemigos.

Pero ha sido otro el motivo que me ha llevado a mencionar en cabeza el ejemplo de la Unión Europea. Porque ilustra a la perfección ese fenómeno que ya conocen los historiadores y cuya verdad comprueba todo ser humano en el curso de su propia existencia, a saber, que hay fracasos que, al final, resultan providenciales y que hay éxitos que pueden resultar desastrosos; el final de la Guerra Fría se incluye precisamente, en mi opinión, entre esa categoría de acontecimientos engañosos.

Que Europa, al triunfar, se haya quedado sin puntos de referencia no constituye la única paradoja de nuestra época. Podríamos afirmar de la misma forma que la victoria estratégica de Occidente, que habría debido reforzar su supremacía, ha acelerado su decadencia; que el triunfo del capitalismo la ha hecho caer en la peor crisis de su historia; que, al acabar el «equilibrio del terror», nació un mundo con la obsesión del «terror»; y también

que la derrota de un sistema soviético claramente represivo y antidemocrático ha hecho retroceder el combate por la democracia en todo el planeta.

En este último punto es donde voy a detenerme de entrada. Para destacar que, al concluir el enfrentamiento entre los dos bloques, hemos pasado de un mundo en donde las divisiones por capas eran sobre todo ideológicas y era preciso un debate continuo a otro mundo en donde las divisiones son sobre todo por identidades y poco espacio queda para debatir nada. Todos y cada uno les pregonan en la cara a los demás sus adhesiones, profieren sus anatemas, movilizan a los suyos, demonizan a los enemigos; ¿qué otra cosa podrían decir? ¡Los adversarios de hoy en día cuentan con tan pocas referencias comunes!

No por ello vamos a echar de menos el ambiente intelectual que imperaba en tiempos de la Guerra Fría –que no en todas partes era fría, pues, antes bien, había adoptado la forma de incontables conflagraciones laterales y se había cobrado decenas de millones de vidas humanas desde Corea hasta Afganistán, de Hungría a Indonesia y de Vietnam a Chile o Argentina–. Me parece, no obstante, legítimo que lamentemos que el mundo saliera de esa situación «por abajo», quiero decir para ir hacia un universalismo menor, hacia una racionalidad menor, hacia un laicismo menor, hacia un recrudescimiento de las adhesiones hereditarias a costa de los criterios ya adquiridos; y, en consecuencia, hacia menores dosis de un debate en libertad.

Mientras duró la confrontación ideológica entre los partidarios y los adversarios del marxismo, la Tierra en-

tera fue como un gigantesco anfiteatro. En los periódicos, en las universidades, en las oficinas, en las fábricas, en los cafés, en los domicilios, en la mayoría de las comunidades humanas zumbaban las interminables controversias acerca de los beneficios o los daños de este o de aquel modelo económico, de determinadas ideas filosóficas, de determinadas organizaciones sociales. Desde la derrota del comunismo, desde que dejó de ofrecer a la humanidad un alternativa creíble, tales intercambios de opiniones no tenían ya razón de ser. ¿Fue por eso por lo que tantas personas dieron de lado sus utopías desbaratadas para buscar refugio bajo el techo tranquilizador de una comunidad? Podemos también suponer que la quiebra política y ética de un marxismo resueltamente ateo volvió a poner a la orden del día las creencias y las solidaridades que había querido erradicar.

En cualquier caso, nos hallamos, desde que cayó el Muro de Berlín, en un mundo en donde las adhesiones se han exacerbado, sobre todo las que tienen que ver con la religión; en donde la coexistencia entre las diversas comunidades humanas es, por ello, cada día un poco más dificultosa, y en donde la democracia está siempre a merced de la escalada de los conflictos de identidades.

Este corrimiento de lo ideológico hacia las identidades tuvo efectos catastróficos en el conjunto del planeta, pero en ninguna parte fueron tan graves como en el área de la cultura árabo-musulmana, en donde el radicalismo religioso, que había sido durante mucho tiempo un hecho minoritario y perseguido, adquirió una predominancia intelectual fortísima tanto en el seno de la mayoría de